

*Dendrobium lanyaiiae*

Capítulo 14

Las Flores prohibidas de Gunnar Seidenfaden

Estaba yo adormecido en mi compartimiento cuando el tren nocturno de Amsterdam arribó a Copenhague al amanecer. Me lavé la cara, recogí mi maleta, e intercambié trenes para el viaje al norte de Elsinore, donde telefoneé al Dr. Gunnar Seidenfaden para hacerle saber que había llegado. El envió un auto, y mientras esperaba por él, me inquietaba dónde dormiría esa noche. En una carta al Dr. Seidenfaden, quien estaba en sus últimos ochentas, le había preguntado acerca de un pequeño hotel cercano a su casa donde pudiera permanecer durante los tres días de visita para platicar acerca de orquídeas. El me contestó diciéndome que probablemente encontraría alojamiento para mí en su casa, pero me sentía incómodo por saberme impuesto a un extraño entrado en años.

Poco después, un auto se paró enfrente de la estación del tren de Elsinore. Del lado del conductor del vehículo, noté a una bella mujer que me hacía señas con las manos. Era Katja, la secretaria del Dr. Seidenfaden. Ella hablaba excelente inglés, y cuando nos dirigimos abajo por el camino de dos vías a la campiña de ondulantes valles verdes y granjas esparcidas, ella me dijo que Gunnar esperaba con ansia mi visita. Bajamos las ventanas; una cálida brisa de verano llenó el auto con el olor de heno fresco cortado. Hablamos acerca del Dr. Seidenfaden y su trabajo con orquídeas, pero cuando mencioné mi preocupación acerca de mi estadía, Katja rió y me dijo que no me preocupara.

Seguimos una ruta serpenteante a la villa de Hornbaek, donde dimos vuelta sobre un largo, delgado camino flanqueado por elevados árboles que daban sombra. En la desviación, noté un pequeño letrero donde se leía “Borsholmgard”. No fue hasta que una agrupación de magníficos graneros de piedras y una majestuosa residencia se dejó ver, que me di cuenta que estábamos en un camino privado rumbo a la finca del Dr. Seidenfaden, el cual se llamaba Borsholmgard. Nos paramos frente a la casa, Katja apagó el motor, y caminamos en un largo, soleado patio aromatizado con viejos rosales trepadores. Más allá las edificaciones de la granja y mas cerca los árboles de sombra, un camino de tierra se dirigía a campos adyacentes donde un tractor era seguido por una nube de polvo.

—“¿Esperaba algo como esto?”— rió Katja.

Una ama de llaves apareció en la puerta principal de la residencia. Ella nos dio la bienvenida, y después de una breve conversación con la mujer, Katja se despidió y regresó al auto. Pasando hacia la frescura del vestíbulo, esperé reunirme con el Dr. Seidenfaden, pero el ama de llaves me dijo que estaba tomando su siesta de mediodía. La mujer me mostró mi alojamiento, que resultó ser toda un ala de la casa escaleras arriba, desde donde se dominaba una parte del lago de un gran jardín de césped, árboles de sombra, arbustos, y camas de flores dispuestos con buen gusto. En el vestíbulo, fuera de mi recámara, examiné una serie de cuadros de fotografías en blanco y negro del Dr. Seidenfaden en la selva al norte de Tailandia. Debió haber sido un gran viaje, considerando el número de aldeanos trabajando como mozos. Una fotografía mostraba al Dr. Seidenfaden con un pitón gigante; otra, se la tomaron sentado en una mesa plegable, donde estaba examinando de cerca una pequeña planta o un insecto con una lente de aumento.

Para pasar el tiempo, hojeé un libro en una biblioteca debajo de las escaleras, donde tropecé con una rarísima primera edición de *“The Voyage of Governor Arthur Phillip to Botany Bay”*. Impreso en 1789, es una narración del viaje en 1787-1788 de *“the First Fleet”* y el asentamiento de convictos en Australia. El libro había sido vendido por suscripción, como era común en esos días, y no pude esconder la excitación de tener una primera edición en mis manos. La textura y olor de la encuadernación y las páginas y el espectáculo del borde jaspeado y las costillas doradas, fueron suficiente para regresarme más de 200 años en el tiempo. En los años ochentas, viví en Sidney por tres años. Durante ese tiempo, había oído de este libro, pero nunca había visto una copia hasta esa tarde en la biblioteca del Dr. Seidenfaden. Tenía mapas doblados y cartas y láminas grabadas de Botany Bay, junto con ilustraciones de diez y nueve aves, nueve mamíferos, un lagarto, cuatro peces, dos aborígenes, y una planta (la cual no era una orquídea). Me acomodé en una acojinada silla en una esquina soleada de la biblioteca y pasé las siguientes horas ensimismado en los comienzos de la historia de la colonización europea en Sydney Harbor. Entrada la tarde, El Dr. Seidenfaden aún no había hecho su aparición, y estaba comenzando a preguntarme si se sentiría bastante bien para recibir invitados. Había ido a platicar con el Dr. Seidenfaden porque tenía cierto tipo de problemas acerca de los especímenes de orquídeas que habían sido embarcadas desde Bangkok. Meses antes, el Dr. Seidenfaden me había enviado un paquete de información para ayudarme a familiarizarme con su trabajo, y mientras estaba sentado en su biblioteca, releí una copia de una carta que había sido escrita en 1993 por Gren Lucas, el guardián del herbario y la biblioteca en Kew. Era una carta de apoyo para ayudar al Dr. Seidenfaden a que saliera de su inusual predicamento.

La carta explicaba que el Dr. Seidenfaden era experto reconocido mundial en orquídeas de Tailandia y el Sureste de Asia, y que había dedicado su vida al estudio de esas plantas con la total cooperación y bendición de dichos países. El profesor Lucas continúa diciendo que las publicaciones del Dr. Seidenfaden e investigaciones por más de cincuenta años, habían provisto a la fundación de conocimientos sobre las orquídeas que crecen en esa parte del mundo. El además apuntó que el trabajo del Dr. Seidenfaden fué una parte esencial de la conservación y que no estaba relacionado con el tráfico ilegal de orquídeas. También mencionó que, a falta de expertos en la región, no era sorpresa que botánicos y estudiantes ocasionalmente le enviaran al Dr. Seidenfaden especímenes para su identificación. La carta continuaba explicando cómo el profesor Lucas y el Dr. Seidenfaden fueron seleccionados para ayudar la formación de CITES en Washington en 1973. En conclusión, expresó su sincera esperanza de que al Dr. Seidenfaden se le permitiría continuar libremente con su importante trabajo en el campo de la conservación de orquídeas.

Más allá de la información contenida en esa carta, yo conocía poco acerca del Dr. Seidenfaden, aparte del hecho de que sirvió como embajador danés en Tailandia en los años cincuenta, y que dos géneros de orquídeas, *Gunnarella* y *Seidenfadenia*, fueron nombrados después por él. Alrededor de las 4 p.m., un hombre entrado en años portando un bastón y una bolsa plástica transparente con pan seco apareció en la entrada de la biblioteca. Era el Dr. Seidenfaden, y con una débil voz, anunció que estaba listo para ir a darle de comer a los patos. El anciano difícilmente caminaba, así que tomé la bolsa de pan y lentamente tomamos el camino al lago. Una vez que estuvimos sentados en una banca a la orilla del agua, mi anfitrión procedió a contarme los detalles de las intrigas maritales de sus tres viejos patos silvestres. Según la apreciación del Dr. Seidenfaden, el macho rechazó a su original pareja porque no produjo patitos, Se trajo una segunda pareja, pero el resultado de la unión tuvo resultados similares.

—“¡Haaaah! Aún no hay patitos”— rió con ganas Gunnar. —“En mi opinión, el problema puede ser el resultado de una deficiencia de parte del emplumado caballero”.

El entonces me contó una serie de historias de patos, basadas en sus observaciones en varios meses anteriores, y me instruyó sobre el fino arte de lanzar piezas de pan seco en el lago. Cuando los patos están cerca, el Dr. Seidenfaden comienza a graznar, y los patos responden. Sucede entonces un largo intercambio de plática de patos. Fue en ese instante que comencé a pensar en la posibilidad de tomar el tren de regreso a Copenhague por la mañana. Nuestra faena de dar de comer a los patos terminó, Tomé del brazo al Dr. Seidenfaden y lo ayudé a regresar a la casa, donde desapareció hasta la hora de la cena. Después de una serena comida, el Dr. Seidenfaden se disculpó retirándose de la mesa, pero me pidió reunirme con él en el estudio a las 10 p.m.

A tiempo, el Dr. Seidenfaden reapreció y difícilmente lo reconoció. Vestía una camisa color acerado con una bufanda inglesa alrededor del cuello. Estaba recién afeitado, alerta y animado, no era ni trazas del vacilante anciano que estaba en el estanque de patos esa tarde. Tomó una buena pipa de madera de brezo y pronto el cuarto se llenó de un dulce, acre aroma de tabaco de buena calidad.

—“Yo comienzo el día un poco más tarde de lo usual”— explicó Gunnar, mientras llenaba dos copas de oporto. Diez de la noche era el principio de su día de trabajo, y en las siguientes tres noches nos reunimos en su estudio a la misma hora para platicar y beber oporto hasta cerca de las dos o tres de la mañana.

Sentado en su escritorio, Gunnar era la pieza central de un estudio forrado de madera lleno con recuerdos y regalos de sus viajes alrededor del mundo. Una gran piel de pitón (la de la fotografía escaleras arriba) estaba parcialmente oscurecida por una colección de sombreros de sol del sureste de Asia, lanzas, ballestas, espadas y machetes. Una sombrilla birmana que olía a cáñamo encerado, instrumentos musicales, documentos enmarcados, fotografías, y estampas botánicas cubrían las paredes entre altos libreros abarrotados son volúmenes forrados de piel y un surtido de cabinas de almacenamiento. En medio del ordenado caos de su espacio de trabajo, está sentada una estatua tallada de Ganesh, el alegre Dios elefante hindú, y otra de Shiva.

Era una acogedora oficina. Un jarrón de rosas frescas cortadas estaba a un lado del desordenado escritorio, donde bocetos a medio terminar de segmentos de flores de orquídeas yacían esparcidos en la superficie de escribir de piel verde. Alfombras anudadas cubrían un piso de tablillas de roble con un patrón de espina de pescado y un radiador de vapor siseaba debajo de las altas ventanas desde donde se dominaba el patio oscurecido cubierto de graba. Un microscopio, rollos de papel de dibujo, pilas de cartas de otros países, varias lentes de aumento, y revistas atrasadas de “Times Library Supplement” y “The Economist” estaban regadas junto con macetas de orquídeas en flor. En el sótano, Gunnar mantenía más de 20,000 especímenes de orquídeas meticulosamente etiquetadas y preservadas en alcohol, mientras que en algún sitio, en la gran casa, almacenaba “sus papeles”—un basto archivo de correspondencia personal y datos científicos—.

Gunnar comenzó sus viajes cuando era joven, en el verano de 1928, cuando se unió a una serie de expediciones científicas a Groenlandia. El era estudiante de historia natural en la universidad de Copenhague en ese tiempo, pero en los siguientes veranos, pasó tanto tiempo en Groenlandia que nunca se aprendió de memoria los nombres de las flores silvestres danesas. Gracias a este defecto, falló sus exámenes y terminó estudiando ciencias políticas. En 1934, Gunnar fue a Tailandia a visitar a su tío, Erik Seidenfaden, quien estuvo trabajando ahí como etnólogo. Gunnar permaneció por seis meses, durante ese tiempo, comenzó a interesarse en las orquídeas. Su fascinación con esas plantas perduró a través de los años, y con el tiempo, el regresó a Tailandia como embajador danés en 1955, y estaba listo para embarcarse en una serie de viajes de recolección y comenzar su estudio sistemático de las orquídeas del sureste de Asia. En 1965, Gunnar fue coautor de “*The orchids of Thailand*” con su amigo Tern Smitinand, quien trabajó para “*the Royal Forest Department*”. Gunnar me dijo que las fotografías en blanco y negro en el pasillo afuera de mi recámara, eran de la cuarta expedición botánica Tailandia-Dinamarca en 1963, el cual fue uno de sus últimos viajes en las remotas selvas húmedas del norte de Tailandia.

Durante nuestra conversación en la primera noche, Gunnar explicó cómo trabajó para *the Danish Ministry of the Environment* por muchos años después de retirarse de *the Ministry of Foreign Affairs*. El representó a Dinamarca en conferencias internacionales sobre polución en el Mar Báltico, y se le consideró un experto en varios tratados ambientales sobre la flora y fauna de Europa. En 1973 fue seleccionado como experto en or-

quídeas, quien ayudó a dibujar la legislación original de CITES para proteger las plantas en peligro de extinción. Así, fue tan altamente reconocido por el gobierno danés, que *the Ministry of the Environment* nombró al buque insignia de su flota “*MS Gunnar Seidenfaden*”.

Una de las primeras cosas que quería discutir con el Dr. Seidenfaden, fue su participación en la creación de CITES, y cuántas plantas estaban incluidas en el tratado. Gunnar explicó cómo en el principio de *IUCN* en Suiza, los cuales incluyen a organizaciones no gubernamentales y gobiernos, decidieron que podían ser capaces de ayudar a la conservación controlando al tráfico de vida silvestre a través de las fronteras internacionales. El apuntó que fue un acuerdo comercial, no un acuerdo de conservación, con relación a especies que están amenazadas por la extinción.

—“Así, se convocó a la convención de Washington de 1973”— dijo Gunnar, —“pero fue originalmente para animales, no para plantas. La Flora se introdujo cerca de dos semanas antes del encuentro. Una decisión de último minuto determinó que la vida silvestre debía incluir también a la Flora. Así como ocurrió, no se tomaron previsiones de los asuntos de la parte de la Flora. Algunos botánicos fueron a la conferencia. Gren Lucas de Kew, yo mismo, y algunos otros. El resto eran de asuntos de política exterior y ministros de gobierno, etc. Todos los botánicos estuvimos de acuerdo que fuimos muy pocos y que conocíamos muy poco acerca del conjunto de cosas para estar capacitados a reforzar el tratado por el lado de la Flora durante la reunión. Al final de la convención, declaramos que la Flora fue pobremente tratada en la convención porque no se dio el tiempo adecuado para prepararse. Nosotros también pudimos ver muchos problemas en el tratado. Dijimos que los países firmantes del tratado debían hacer que su secretaría de CITES revisara la parte de la Flora, pero esto nunca se hizo. La Flora fue colgada del reglamento para animales todo el tiempo”.

El Dr. Seidenfaden continuó contando cómo las cosas evolucionaron en CITES después de la convención en Washington. —“En esas reuniones hablaron sobre tortugas y cocodrilos y murciélagos y tigres, y platicaron muy poco sobre flora. La mayor parte trató sobre el personal de administración, especialmente por el Mercado Común Europeo, y esas personas son abogados, no científicos. Nosotros hemos protestado que cada país debe tener una autoridad administrativa, así como una autoridad científica, y entonces deben estar seguros que ellos se complementan uno con otro. En Dinamarca, no tenemos autoridad científica. Nadie. Nunca hicieron una, y esto es un gran error. Así, esto significa que el asunto está siendo llevada a cabo por los burócratas con personas de Bruselas quienes hacen todas esas reglas legales sin tomar en consideración los hechos básicos de la botánica. Y así, quedo fuera de esto y no participo en las reuniones que ellos tienen cada dos años. Pero de sus recientes publicaciones está claro que hay algunas mejoras en el campo de la Flora. Ellos comienzan ahora a entender que lo que han hecho está absolutamente equivocado.

En años recientes, Gunnar se ha consagrado por completo a entretener a sus nietos con historias acerca de serpientes gigantes, encuentros con tigres, y la historia del sureste de Asia, pero también gasta su tiempo escribiendo un nuevo libro sobre orquídeas de Tailandia. Para asistirlo en su trabajo, jóvenes estudiantes, botánicos, y cultivadores comerciales en Tailandia, India, y Europa le envían sus especímenes de orquídeas para identificación, y fue en esos embarques de plantas vivas que condujo a Gunnar a problemas legales.

—“Como científico”— dice Gunnar —“vivo en constante temor que las autoridades vayan a parar completamente el intercambio en el mundo de orquídeas que son de interés científico. ¡Oh!, son personas sucias, y no me importan en lo absoluto”.

Los oficiales de aduana daneses constantemente se apoderaban de su correo cuando contenía especímenes de orquídeas, y él no tenía más remedio que dejarles confiscar las plantas. Gunnar explicó que las orquídeas fueron llevados a —“un campo de concentración para plantas donde murieron lentamente por abuso o negligencia”—. Muchas de esas orquídeas habían sido enviadas a Gunnar por jóvenes estudiantes universitarios, y muy a menudo las plantas resultaban ser nuevas especies. Bajo las leyes danesas, este tipo de intercambio científico era ilegal. Gunnar estaba frustrado y desconcertado por la mala interpretación de los reglamentos de conservación de CITES que él ayudó a crear 24 años antes. En una carta fechada el 10 de mayo de 1992, dirigida a Eric Hagsater, entonces presidente de *IUCN World Conservation Union Orchid Specialist Group*, se quejó que CITES estaba desarrollando una política burocrática de fuerza policiaca dominada por abogados

que no conocían nada acerca de plantas y quienes estaban obsesionados con “refinamientos legales y argucias jurídicas”.

—“La convención nunca intentó destruir la cooperación internacional entre científicos”— explicó Gunnar —“No soy un mercader que amenaza plantas. Soy un científico tratando de ayudar a la conservación encontrando qué tipo de orquídeas tenemos en el mundo. Ese es mi trabajo”.

Le pregunté a Gunnar por los detalles acerca de sus actuales problemas. El explicó que a pesar de que las guías CITES que permiten a los países miembros exentar a científicos e instituciones científicas de los engorrosos requerimientos de permisos de importación-exportación comerciales, el gobierno danés ha decidido no hacerlo así. Y aún si hubiera un sistema de permiso CITES científico en Dinamarca, los jóvenes estudiantes y cultivadores comerciales de orquídeas en Tailandia necesitarían un permiso CITES científico (el cual ellos no dan derecho) para poder exportar las plantas. Gunnar apuntó que todo intercambio científico de especímenes de plantas en Dinamarca va sin documentación CITES. —“Porque por esta idiotez, todos los botánicos en Dinamarca viven en pecado, pero es el único camino para hacer nuestro trabajo”— dijo Gunnar.

Una noche, me contó una interesante historia acerca de un intercambio científico entre botánicos que tuvo lugar en octubre de 1982. Ger Van Vliet, entonces director de *the Botanic Garden* en la Universidad de Leiden en Holanda, junto con Ed de Vogel (el mismo botánico quien varios años después asistió a Phillip Cribb durante el asalto al orquidiario de Popow en Alemania), manejó hasta la casa de Gunnar en busca de cinco orquídeas vivas para añadirlas a la colección *coelogyne-bulbophyllum* en Leiden.

—“Van Vliet vino con Ed de Vogel”— recordó Gunnar —“y trajeron una botella de licor llamado Gin. Yo prefiero un buen Bordeaux, pero en cualquier caso, los llevé a mi orquidiario en Copenhague y seleccionamos todo el material que ellos quisieron. ¡Consiguieron todo lo que ellos buscaban, eso es seguro! Las orquídeas fueron puestas en una gran bolsa de plástico que después enviaron de regreso a Holanda”.

Le pregunté qué pasaría si llevo una bolsa similar llena de orquídeas a través de la frontera. —“¿Sería legal?”.

—“Pienso que no”— dijo Gunnar —“porque se están llevando plantas reguladas por CITES a través de la frontera internacional. Los oficiales daneses quieren ver los permisos de exportación CITES y eso es algo que Van Vliet y yo nunca discutimos. El solo llenó la bolsa con mis plantas y eso fue todo. Ahora que todos somos miembros del Mercado Común, no hay agentes aduanales en la frontera para checar estas cosas, pero no significa que sea legal. Desde 1770 ha habido libre intercambio de plantas entre Dinamarca y Leiden, y este tipo de comercio ha continuado desde que comenzó el estudio de las orquídeas, hasta que CITES apareció. Nosotros acostumbramos a enviar cientos de especímenes de plantas a museos extranjeros y jardines botánicos para que las estudien. Ellos nos las regresan, y esta es la manera como debería ser. Es una vieja tradición que data de centurias, pero ahora es ilegal”.

Cinco meses después de su regreso a Holanda, Ger van Vliet escribió a Gunnar una nota de agradecimiento, junto con una lista detallada de las plantas que habían llegado a salvo a *the Botanic Garden* en Leiden para su propagación las investigaciones de Vogel. También mencionó cuales habían florecido y producido semillas.

Varios años pasaron antes de que Gunnar tuviera dificultades para importar especímenes de orquídeas para sus investigaciones. Una mujer, a quien Gunnar se refería como “la dama de hierro”, había tomado completo control de *CITES Management Authority* en Dinamarca. Su principal interés fue mantener los subsidios de las granjas danesas de la oficina de la Unión Europea en Bruselas, pero también ejerció un considerable control sobre la comunidad de cultivadores de orquídea e hizo las cosas difíciles para los cultivadores comerciales y los botánicos como Gunnar. En ese tiempo, van Vliet siguió adelante hasta llegar a ser el oficial de plantas en las oficinas centrales de CITES cerca de Ginebra. Llegó a ser una de las personas más poderosas en el mundo para afectar el tráfico internacional de plantas raras. Así, Gunnar llamó a su viejo amigo y colega para ver si podría haber algo que pudiera hacer para defender los derechos de los botánicos daneses. En su carta de respuesta, van Vliet le dijo que esto le correspondía a las autoridades danesas, y que Gunnar solo debía seguir las reglas.

—“¿Reglas?”— rió Gunnar —“¡Qué tontería! Déjame contarte una historia acerca de van Vliet y las reglas”— Gunnar se animó bastante durante esta parte de nuestra discusión mientras los recuerdos le llegaban. El sirvió otras dos copas de oporto y luego continuó su historia.

—“A mediados de los años ochenta, inició los trabajos para la identificación de una orquídea tailandesa que era muy similar a *Brachypexa laotica*. Yo tenía solo unas cuantas flores muertas para trabajar, lo que no me era suficiente para mi investigación, o para determinar si era una nueva especie. Así que en junio de 1992 escribí a mi amigo Suphachadiwong, que era un comerciante de orquídeas muy respetado en Bangkok. Le pregunté si podía enviarme un espécimen vivo de la planta para estudiarla. Mr Suphachadiwong me contestó diciéndome que hasta hace poco el tenía 16 plantas, pero no podía enviarme ninguna porque había recibido la visita de un hombre de CITES de nombre van Vliet”.

Gunnar continuó explicando que van Vliet le había dicho a Mr. Suphachadiwong que debía parar inmediatamente toda exportación de orquídeas silvestres recolectadas. Mr Suphachadiwong accedió a esto, pero cuando le preguntó a van Vliet que debía hacer con los 16 especímenes de orquídeas que ya había recolectado, van Vliet le dijo al viverista que enviara todas las plantas a *the Botanic Garden* en Leiden. En mayo de 1992, Mr. Suphachadiwong “donó” todas las plantas a Leiden.

Cuando le pregunté al Dr. van Vliet acerca de los detalles de esta historia, me escribió negando toda implicación. También me dijo que no podía ver la razón para comentar sobre la interpretación del Dr. Seidenfaden o cualquier otra persona. Su réplica incluyó una frase más bien belicosa: “Será interesante ver cuanto hay de realidad y ficción en su libro”. En una carta fechada el 24 de junio de 1993, escrita por Heike Suphachadiwong al Dr. Seidenfaden relativo a las desaparecidas *Brachypeza laotica*, él claramente establece: “...en mayo del año pasado hemos donado especies de orquídeas tailandesas a *the Botanic Garden* en Leiden... El contacto fue hecho por el Dr. Ger van Vliet, oficial de plantas de la Secretaría de CITES”.

Pero este no es el final de la historia. Gunnar estaba muy decepcionado al no poder completar su trabajo por la falta de material vegetal, así que escribió a *the Botanic Garden* en Leiden para requerir una de las plantas robadas. Podría ser una planta viva o un espécimen seco del herbario. La gente de Leiden nunca le dio a Gunnar una planta viva, pero eventualmente le enviaron una flor preservada en alcohol.

—“¡Oh, esto es un negocio terrible!”— exclamó Gunnar.

Este solo fue el principio de los problemas de Gunnar con las autoridades. Seis meses antes que lo visitara, *the Danish Ministry of the Environment* trató de animar a Gunnar a renunciar a una orquídea tailandesa que le habían enviado sin el permiso apropiado. Gunnar le dijo a las autoridades que tendrían que llevarlo a la corte si deseaban obtener la planta. Esto aparentemente asustó a los niveles medios del ministerio porque Gunnar era amigo del ministro del ambiente, quien a su vez había dejado en claro, y que estaba fuera de cuestión, el entablar acción judicial a alguien de la talla del Dr. Seidenfaden por un hecho tan trivial.

—“Así que la cabeza de la persecución llegó con una solución”— dijo Gunnar. —“El me invitó a su oficina a un agradable almuerzo, y después, el me requirió entregar las plantas y ellos cerrarían el caso. Yo le dije que gustoso les escribiría una carta admitiendo que era culpable, y que obtendrían la planta, pero solo con la condición que me las enviarían de regreso para su custodia. Ellos aceptaron a eso, así que les dejé confiscar la planta, la cual ellos me la regresaron unos días después, así que pude hacer que floreciera y pude decidir que era”.

En ese tiempo, la historia de la flor prohibida de Gunnar salió en los periódicos locales. Cuando llegó a la atención del ministro del ambiente, el dijo que el hostigamiento al Dr. Seidenfaden había sido parado inmediatamente. Poco tiempo después, Gunnar fue invitado a otro almuerzo para discutir la situación; mientras estaban comiendo, un “experto en orquídeas” llegó al vivero de Gunnar para tomar la orquídea. Gunnar especuló que el hombre quería destruirla, porque sin la planta, no habría caso en la corte. Por suerte para Gunnar, tenía una joven trabajando para él, quien le dijo al “experto” que ella estaba muy ocupada y que tendría que buscar la planta él mismo. Habían 2,000 ó 3,000 orquídeas en el vivero y el “experto” no fue capaz de localizar la planta, aún cuando esta estaba en una mesa enfrente de él. Cuando Gunnar supo lo que había pasado, escribió una carta de protesta a *the Ministry of the Environment* acusándolos de tratar de matar la planta que,

por ley, ellos habían requerido para protegerla. También quiso saber que tonto negocio era ese que estaban haciendo para proteger o conservar las plantas raras.

Gunnar finalmente firmó un acuerdo detallado con *the Ministry of the Environment* que le permitía recibir orquídeas para su estudio científico. El acuerdo limitaba su uso a las plantas y condicionó la propiedad de las plantas al ministerio. Las orquídeas no podían salir de la casa de Gunnar, no podían ser propagadas, y las flores u otras plantas no podrían ser enviadas a otros científicos para cualquier propósito.

—“Ellos están disparando bolas de cañón a los mosquitos. Todo esto es tan absurdo que desisto completamente a discutir el asunto con ellos. He prometido no hacer ciertas cosas, pero las hago de cualquier manera. Las autoridades saben esto, pero en los acuerdos escritos ellos aceptan dejarme solo y eso es lo que me importa. Quiero terminar mi vida escribiendo mi libro acerca de las orquídeas tailandesas. Me gustaría terminarlo en mi cumpleaños noventa. Tailandia tiene más de 1,200 especies de orquídeas, así que hay trabajo que hacer”.

Con este comentario, Gunnar vació la botella de oporto en nuestras copas. Hicimos un brindis por el éxito de lo que sería su libro al final y entonces vaciamos las últimas dulces gotas doradas. Eran más de las 3 de la mañana y yo decidí dejar a Gunnar regresar a su trabajo. Fui a hacer una caminata por el patio que dirigía a los campos oscurecidos. Mirando hacia atrás, a la casa, pude ver a Gunnar en su escritorio, dibujando, tipeando, y mirando por el microscopio. A sus 88 años, Gunnar estaba confiado, que con suerte, buena salud, y sin distracciones de las autoridades, tendría tiempo suficiente para terminar su trabajo. Y yo, observándolo a través de la ventana, deseé que le fuera concedido ese tiempo.